

otra que fuera más cómoda, más brillante ó más conforme á nuestro humor?

¿Hemos recibido todos nuestros males como venidos de la mano de Dios, y en lugar de perder el tiempo ocupándolo en quejarnos, hemos considerado que Dios nos los envía para nuestra salud espiritual y para su gloria?

Cuando hemos pensado en la muerte y hemos visto que se nos aproxima, ¿lo hemos hecho sin turbacion, sin murmurar y con una entera resignacion?

¿Hemos tenido la misma resignacion en las calamidades públicas, como son las guerras, las pestes, las hambres, el desorden de las estaciones; mirando todos estos males como efectos de la voluntad de Dios, que los ordena así por una secreta disposicion de su sabiduría, y por atraer con ellos las ventajas que más convienen á su gloria y á su servicio?

¿No hemos deseado con inquietud los bienes espirituales, hasta estar descontentos, disgustados y abatidos cuando ha permitido Dios que fuésemos privados de ellos?

En fin, ¿hemos adorado la conducta de Dios en la adversidad como en la prosperidad, en el abandono como en las consolaciones, en las privaciones como en los goces, y hemos confiado en El en orden al tiempo como para la eternidad?

TERCER PUNTO.

Dios mio, pues que es cosa cierta que nada acontece en el mundo sino por vuestra orden, y que los bienes y los males, la muerte y la vida, la pobreza y la opulencia vienen igualmente de Vos (1); bien justo es que á todos nos sometamos con amor y con respeto, y que recibamos de buena voluntad cuanto nos sobrevenga, sea molesto ó agradable. Esto es, oh Dios mio, lo que estoy resuelto á practicar mediante vuestra santa gracia. *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum; paratum ad adversa, paratum ad prospera.* (Aug. in Ps.).

PRIMER EXÁMEN.

Del amor de nuestro Señor.

PRIMER PUNTO.

Adoremos el grande amor que el Padre eterno tiene para su Hijo. Este es el modelo más levantado y más perfecto que nosotros podemos proponer del amor que debemos tener por Jesús. El se hace el objeto de sus complacencias, le da todo lo que El tiene y todo lo que El es: El ama á los que su Hijo ama; y por su sola consideracion soporta nuestros defectos, perdona

(1) Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas à Deo sunt. (Eccli. xi, 14).

nuestros pecados, escucha nuestras oraciones y nos previene con sus gracias en nuestras necesidades. ¡Qué homenajes y qué gracias no debemos tributar á un Padre tan lleno de amor por el más amable de todos los hijos!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos cuál es nuestro amor para Jesús, y si es semejante al que el Padre eterno tiene por su Hijo querido.

1. ¿Tenemos un gran cuidado de no perderle jamás de vista, mirándole en todas las cosas, poniendo nuestro más grande gozo en pensar en El, tomándole por el objeto de nuestras más grandes complacencias?

2. ¿Somos fieles para llevarle en nuestro seno, conservando su vida y sus virtudes en nuestra alma, teniendo su divino nombre grabado en nuestro corazon, recibéndole lo más frecuentemente que nos es posible en la santa Comunión?

3. ¿Damos á Jesús todo lo que tenemos y todo lo que somos; no deseando vivir sino para El, no queriendo poseer nada sino para El y para su gloria?

4. ¿Procuramos no amar sino lo que El ama, renunciando á todo amor desarreglado, desnudando nuestro corazon de todas las afecciones puramente humanas, y no mirando sino á Jesús en las personas que amamos?

5. ¿Soportamos con paciencia y con dulzura los defectos de nuestros hermanos, como el Padre eterno los soporta por amor de su Hijo?

6. ¿Perdonamos fácilmente, de buena voluntad y por amor de Jesús, á todos nuestros enemigos, pidiendo á Dios por ellos, y haciéndoles en ocasion dada todo el bien que podemos?

En fin, ¿tomamos parte caritativamente en los intereses del prójimo? ¿Le otorgamos de corazon lo que nos pide? ¿Hemos cuidado de prevenirle en sus necesidades, persuadidos de que hacer bien al prójimo es hacerlo á Jesús? *Quod uni ex minimis fratribus meis fecistis, mihi fecistis.* (Matth. xxv, 40).

TERCER PUNTO.

Dios mio, que amais sobre todo á vuestro Hijo, y nos amais hasta el punto de desear asociarnos á este amor; ¡qué dichosos seríamos en corresponder á vuestros deseos y amarle con el mismo amor con que Vos le amais! Esta es la gracia que El os demandaba antes de su muerte (1); acordadnos el efecto de esta petición, y haced que nuestros corazones no ardan en lo sucesivo sino en el amor que debemos á Jesús.

(1) *Ut dilectio qua dilexisti me in ipsis sit.* (Joan. c. xvii).

## SEGUNDO EXÁMEN.

Del amor para con Nuestro Señor.

### PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor todo brillante con los esplendores de su Padre, y poseyendo la plenitud de sus tesoros. Nada hay tan bueno y tan amable como este divino Jesús: es el bien amado de los Cánticos, es el escogido entre millares: *Electus ex millibus*. Su Padre encuentra en El todas sus complacencias; ¿no es justo que El sea también el único objeto de nuestros amores? Es nuestro Padre, nuestro Salvador, nuestro Maestro, nuestro Pastor, nuestro Jefe, nuestro Esposo, nuestro todo. *Amemus, reamemus, amplectamur in quantum possumus.*

### SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros tenemos para nuestro Señor todo el amor que demandan sus amables cualidades.

¿Le hemos amado como á Hombre-Dios sobre todas las cosas, más que á todas las criaturas y más que á nosotros mismos?

¿Hemos tenido placer en considerar que El es verdadero Dios vivo, y hemos concebido un soberano gozo de ver todas las grandezas y las perfecciones que El posee en esta cualidad?

¿Le hemos amado como á nuestro Salvador, estando prontos á hacerlo todo y á sufrirlo todo en reconocimiento de lo que El ha querido hacer y sufrir por nuestra salud?

¿Le hemos amado como á nuestro soberano Señor, teniendo para El la obediencia de un servidor, la fidelidad de un vasallo, la dependencia de un esclavo, y estando muy contentos de que tenga sobre nosotros el derecho de vida y de muerte que le da su soberano dominio?

¿Le hemos amado como á nuestro Maestro, mostrándonos dóciles á sus instrucciones, abrazando sus máximas, sosteniendo su doctrina, y no gustando de placer más grande que de verla derramada por todo el mundo?

¿Le hemos amado como á nuestro Jefe, gustando de recibir de El el movimiento y la vida, y exponiendo todo lo que somos para conservar su gloria, lo mismo que los miembros se exponen para conservar la cabeza?

¿Le hemos amado como á nuestro Pastor que nos nutre con su propia sangre, y hemos estado dispuestos á darle la nuestra en cambio y á derramarla por su amor?

¿Nos hemos complacido en escuchar su voz y en seguirle, y no hemos buscado otros pastos que aquellos á los cuales El mismo nos conduce y nos señala?

¿Le hemos amado como al mejor de to-

dos los padres, teniendo para El un amor de ternura, de respeto y de confianza, y no temiendo nada tanto como disgustarle?

¿Le hemos amado como al único esposo de nuestra alma, no teniendo otros intereses que los suyos, ni deseando sino lo que El quiere, y poniendo toda nuestra ventura para el tiempo y para la eternidad en estarle inseparablemente unidos?

En fin, ¿le hemos amado como á nuestro todo, que procurando encontrarle en todas las cosas, debe ocupar únicamente nuestro corazon y agotarse en El solo todos nuestros afectos? *Qui se nobis totum dedit, à nobis cor nostrum totum petit.* (S. Bern.).

TERCER PUNTO.

Cuando yo considero, oh mi Jesús, por cuantos títulos Vos mereceis ser amado, que nos solicitais sin cesar á daros todos nuestros afectos, que colmais de gracias y de favores á todos los que os aman; ¿qué pesar no debo yo tener de encontrarme hasta ahora tan poco tocado de vuestro amor? Haced, oh Dios mio, que mi corazon sea todo abrasado en él, y que yo no continúe incurriendo en la desgracia de ser envuelto en el anatema que pronunció vuestro Apóstol contra los que rehusan amaros: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema.* (I Cor. XVI, 22).

DE LA CARIDAD PARA CON EL PRÓJIMO.

PRIMER EXÁMEN.

Que debemos amarle como á nosotros mismos.

PRIMER PUNTO.

Adoremos la sabiduría infinita de nuestro Dios, que se manifiesta en la manera con que nos ordena amarnos los unos á los otros. El sabe las grandes ventajas que nosotros debemos reportar de este amor; mas como prevé que la carne y el demonio han de hacer todos sus esfuerzos para destruirle, ó al menos para disminuirle mucho en nosotros; no solamente nos hace de él un mandamiento expreso, sino que quiere que el amor que tenemos por nosotros mismos sea la regla del que profesemos al prójimo: *Diliges*, dice El, *proximum tuum sicut te ipsum.* Rindamos gracias á este Dios de bondad y de amor.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos amado á nuestro prójimo como á nosotros mismos.

¿Hemos entrado cordialmente en todos sus intereses, y hemos hecho como propios sus asuntos?

¿Hemos tomado tanto gusto por las ventajas que sobrevienen á sus bienes, como